

GLOBALIZACIÓN Y UNIVERSIDAD: EL RETO DE RECONSTRUIR EL FUTURO

Rolando Cordera Campos es Profesor Emérito del Centro de Estudios Globales y de Alternativas para el Desarrollo de México. Facultad de Economía, UNAM
(Conferencia en la XVI Reunión de la Asociación Mexicana para la Educación Internacional, Mérida, Yucatán, 05/11/08)

Diversidad y multiplicidad definen el mundo que emerge de los formidables cambios que se volvieron vértigo planetario con el fin de la Guerra Fría, el desplome del comunismo soviético y la fase terminal del régimen bipolar que organizó al mundo después de la Segunda Guerra Mundial. A partir de 1989, en efecto, enormes masas de población y territorio realizaron una mudanza formidable de la geoeconomía y la política mundiales para reconfigurar el mercado mundial conocido hasta entonces y advertir al mundo en su conjunto de la necesidad de reconstruir el orden mundial de la post guerra.

De esto habló el primer presidente Bush cuando después de la Primera Guerra del Golfo anunció el inicio de un nuevo orden global. Con la ventaja de la retrospectiva, hoy podemos decir que en el mejor de los casos se trató de una optimista hipótesis de trabajo, aunque los acontecimientos que han marcado la historia del presente, que arrancaba precisamente en esos años, no hacen sino confirmar la urgencia de

contar con el mencionado nuevo orden. La crisis económica actual lo hace también, con su cauda de retos y revelaciones que ha traído consigo en el terreno material, productivo y social, así como en el de unas instituciones frágiles cuando no del todo caducas.

Todo se volvió globalización a partir de aquellos días fulgurantes de la caída del Muro de Berlín y la implosión del sistema soviético. Sustentada en un portentoso cambio técnico y alimentada por unas economías que se quería ver como prometeicas, liberadas de las restricciones institucionales diseñadas en Bretton Woods en 1945 para edificar un sistema internacional que evitara los desastres de entre guerras, la gran mudanza global se volvió la gran tentación de fin de siglo: construir un mercado mundial libre y unificado en el que la utopía de Jefferson de la “Federación del Hombre” se volviera una realidad única, nutrida por el internet, la innovación permanente que daría lugar a una nueva economía sin ciclos ni depresiones, y por la expansión

de la democracia representativa como método universal de gobierno. Para algunos, el mundo llegaba con todo esto al fin de la historia.

La uniformidad proclamada por los profetas instantáneos del nuevo orden que todavía sigue ausente, choca con una condición fundamental de la racionalidad de la globalización: sólo a partir de nuestra diversidad esencial es que tiene sentido proponerse ser globales. Y en la exploración de esta diversidad primigenia, así como de sus potencialidades unificadoras para una nueva cultura efectivamente global, toca a la Universidad un papel de primer orden: sólo en el privilegio del tiempo para la reflexión y la crítica, puede aspirarse a imponerle a la aceleración del tiempo y el achicamiento del espacio que es propio del proceso globalizador otros ritmos y otros compases, más cercanos a lo que hace de la humanidad una especie singular: la capacidad de tener y hacer historia, de revisar el pasado y de intentar aprender de él para construir o reconstruir su futuro.

Los desafíos de la hora, del cambio climático que marcará el siglo a la crisis económica presente, la primera abiertamente global de la época, imponen actuar cuanto antes, a la vez que reinventar el tiempo para no repetir la fábula del Flautista de Hammelin. El despeñadero, sin embargo, se vuelve con los días horizonte cercano.

En la era que el gran historiador británico Eric Hobsbawm llamara la “edad de oro” del capitalismo (1945-1970, *The Age of Extremes*), se presumía que era posible enfrentar el inventario en apariencia congelado de riesgos, conflictos y conjeturas estratégicas que conformaron la Guerra Fría. Hoy, mucho más que en aquel ayer organizado por el equilibrio del terror y la destrucción mutua, pero también por reglas diplomáticas y financieras que pretendieron dar coherencia a la reconstrucción y el caos monetario de la posguerra, todo se nos presenta fungible e incierto, nada dura, “todo lo sólido se desvanece en el aire” (Marx y Engels, *El Manifiesto Comunista*).

La globalización -que es presentada como el gran mantra sustituto de las terribles certezas de la bipolaridad, así como el vehículo óptimo de un progreso universal y generoso- no ha cumplido sus promesas de nuevo orden mundial ni de avance económico y social sostenido y generalizado. Sus promesas más bien nos remiten a más de un “falso amanecer” y a sos-

tenidas frustraciones nacionales e individuales (John Gray, *False Dawn*).

En la actualidad, que empezó el 11 de septiembre de 2001 y ahora vive un fascinante y aterrador punto de inflexión con la crisis económica, el proyecto globalizador *a la americana* se ha visto obligado a tratar de ponderar sus dinámicas por el imperio del factor seguridad internacional contra el terrorismo, y ha dado lugar a panoramas de restricción del tránsito de personas y mercancías que son un rotundo mentís a su entusiasta mensaje unificador del mundo: la Tierra no es plana sino sinuosa y escarpada, y los temblores de la actual conmoción económica no harán sino volverla un hábitat más hostil y adverso a las propias pulsiones al cambio y el tránsito universal que ella misma desató. Ésta es, qué duda cabe, una ironía cruel del tiempo que empieza con la crisis y que nos llevará a profundas revisiones de conceptos, convicciones, utopías.

Más allá de las visiones y figuras ideológicas a que ha dado lugar el fenómeno globalizante, hoy podemos plantear que se trata de un momento de aceleración de tendencias multiseculares precipitadas por la explosión tecnológica que ha trastocado nuestras concepciones de tiempo y espacio heredadas de la primera modernidad. Se trata, en realidad, de un proceso multidimensional y no sólo económico o financiero, sino cultural y de valores, pero que a la vez carece de una adecuada desembocadura política planetaria que permita encauzar energías y estrategias congruentes con los desafíos indudablemente globales que lo han acompañado: terrorismo y migración masiva; crisis ecológica y apropiación planetaria del consumo real o virtual, pero siempre bajo el influjo omníbarcante de los medios de comunicación de masas.

Estamos, nos propone el estudioso Ulrich Beck (con Elisabeth Beck-Gernsheim), frente a la emergencia de una *generación global* cuyas coordenadas no pueden más ser sólo nacionales. Cruzada y marcada por la desigualdad económica y social, de origen, accesos y oportunidades, esta generación articulada en constelaciones transnacionales disputa el espacio laboral y el derecho a la ciudad y el bienestar, a la vez que se despliega a partir de nuevos principios y expectativas de igualdad, al menos en el plano de las normas.

La desigualdad entre poseedores y desposeídos no se ve más como una fatalidad y la “carga del hombre blanco” de que

hablaba Kipling es apenas una referencia poética. Gracias a los medios y el turismo, además, la fantasía se vuelve práctica social que no es privativa de los habitantes del mundo avanzado, sino que es entendida como un derecho, virtual si se quiere, pero a la vez primordial, de los que solían verse desde Occidente como los bárbaros a la puerta. La puerta y ahora los muros, descendientes de los *limens* romanos, son y se mantendrán



Ángela María Restrepo Ospina, secretaria

porosos, pero a la vez hostiles a un despliegue en verdad racional de este vuelco generacional que no puede sino ser o querer ser civilizatorio.

Frente al mundo que se veía por fin como patria cosmopolita, irrumpe ahora una crisis profunda y disruptiva que remueve ilusiones y pone contra la pared cánones que parecían inmovibles. Momento oportuno éste para volver sobre cuestiones básicas de la modernidad y para reivindicar, como lo hacen ustedes en este Congreso, a la Universidad como idea y proyecto internacional; también, para insistir en la visión de la educación y el conocimiento como un vector de fuerza para apropiarse del futuro y retomar el progreso y el desarrollo desde un presente calificado por la diversidad y el arrebato de un cambio planetario que ha sido todo menos tranquilo o armonioso.

La búsqueda de un régimen global con rostro humano y comprometido con la inclusión participativa de sus miembros, ha dejado de ser una utopía y pasa a ser la única combinación capaz de ofrecer una salida a la fiebre distópica que se ha apoderado del mundo en estos años de mudanza frenética; la

única ruta capaz de ofrecer a la especie humana no sólo visos de supervivencia, sino horizontes de evolución viables y sustentables: de defensa y promoción del bienestar social y de la naturaleza, que ha empezado en estos años a pasar la factura por decenios de descuido y abuso por parte de sus creaturas más preciosas...y soberbias.

Impertinente me ha hecho sentir su honrosa invitación. Contumaz practicante de la “ciencia lúgubre” como soy, no podía dejar pasar la oportunidad de transmitir algunas pinceladas del otro lado de la luna que el globalismo quiso presentarnos en su febril despegue como de queso. Cumplido mi homenaje a Malthus, quien le ganó a pulso a la economía política el calificativo de “lúgubre”, pienso que con tan generosa compañía podemos detectar un espacio de encuentro optimista entre vocaciones y prácticas. Este espacio puede ser el del desarrollo económico y social.

Es en este tema donde ayer y hoy la producción y el uso del conocimiento, desde la escuela, la universidad, el Estado o la empresa, han tenido que darse la mano o verse las caras una y otra vez, en busca de un entendimiento entre la ciencia y la técnica, la ética y la estética, el humanismo y la justicia distributiva, el privilegio de la sensibilidad ante el arte y la cultura.

El desarrollo moderno es inseparable de lo que hoy podemos llamar el derecho universal a la educación y la cultura. Hoy, cuando una nueva ola de reclamos planetarios actualiza el derecho al desarrollo, la educación se vuelve a presentar como el *locus* universal de la economía política moderna (o post moderna), pero también como una abrumadora concentración de desafíos y calamidades que empiezan por la desigualdad en accesos y calidades pero amenazan con terminar en los escenarios apocalípticos del desbordamiento genético, el cambio climático sin cauce ni coto, la peor de las multipolaridades: la nuclear y de las armas de destrucción masiva. La responsabilidad del educador, del investigador, del dirigente institucional crece y no puede reducirse al ámbito estrecho de la especialidad o el sector. Se torna eminentemente global y se inscribe en la batería de posibilidades y retos que ha abierto para todos la irrupción de esa generación global que aún espera ser entendida y aprehendida.

Nadie está a salvo de los monstruos que produce la razón moderna, nos diría Goya. Las grandes metrópolis que recogían los portentos de la primera modernidad, reciben y reproducen con celeridad el nuevo reclamo de desarrollo, encarnado por el tsunami de la migración masiva del Sur al Norte y del Este al Oeste. Se trata de un reto, que parece interminable, a la organización política de los Estados nacionales y sus tradiciones constitucionales; es, a la vez, un desafío al orden educacional y universitario establecido, que no ha podido asimilar una demografía dominada por los jóvenes, despegada de lo local y que advierte que el mundo es diverso y múltiple pero intensa y trágicamente unificado por la ciencia y la tecnología, así como por la pobreza de las masas que se mudan para mejorar, como decía el clásico mexicano del Siglo de Oro español, pero sobre todo para sobrevivir a la amenaza del abandono económico y laboral y a las embestidas inclementes del cambio climático global.

Salvar lo que se tiene y recuperar caminos y dinámicas parecen ser las consignas de orden en estos días. Sin embargo, pienso que es en el desarrollo, entendido como proceso histórico y multidimensional, económico a la vez que social y cultural desde el principio, donde puede detectarse los puentes para la construcción de una nueva agenda que, para serlo, tiene que ir más allá de las comunidades especializadas y volverse mapa y coordenadas para un proyecto epistémico global. A esto dedico lo que resta de mi comunicación antes ustedes.

EL DESARROLLO: AVENTURAS Y DESVENTURAS

La idea del desarrollo como progreso, como “estar al día”, a la par de lo que se considera lo más avanzado, es tan vieja como la modernidad. Forma parte del pensamiento clásico de las ciencias sociales, así como de la experiencia política internacional de los dos últimos siglos. No por casualidad Adam Smith, el padre fundador de la economía política, intituló su obra más célebre *Una investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones* (1776).

Sin embargo, la preocupación por este proceso central en la vida de los países se volvió universal y estratégica hasta la segunda mitad del siglo XX. Antes, más bien pertenecía al arsenal de los estadistas del “círculo íntimo” de las naciones

poderosas, entre cuyos retos siempre estaba alcanzar al que llevaba la delantera e impedir que los que les seguían subieran la escalera por la que ellos ascendían. El resto del planeta era visto, en todo caso, como la “carga del hombre blanco”.

Aunque nunca fiel a la realidad que vivían los que solían denominarse “pueblos sin historia”, lo que predominaba en el imaginario metropolitano era que Occidente era La Ciudad, y El Campo el resto del mundo. La universidad culminaba como templo del saber esta pirámide. El progreso y la opulencia eran atributos de esa ciudad, mientras que el extremo del no desarrollo quedaba relegado a los nativos del resto de las latitudes. Un etnocentrismo sin cimientos sólidos pero con retórica eficaz...y soberbia sin freno.

Esta soberbia y este cosmopolitismo selectivo encontraron su primer gran revés en la Primera Guerra Mundial y su secuela de grandes crisis económicas y descalabros de la democracia, avasallada en muchos lados por los fascismos y otras tentaciones totalitarias. Pero fue en la Segunda Guerra donde el mundo topó con su gran punto de inflexión histórica.

La Segunda Guerra fue destructiva, así como una enorme licuadora para las culturas y la experiencia humana. En más de un sentido, fue la primera gran vivencia masiva de la globalización. Puso en contacto a hombres de todas las latitudes, los desplazó por territorios hasta entonces desconocidos para el habitante promedio, introdujo a poblaciones enteras de las regiones atrasadas en lo que hoy llamaríamos la modernidad.

Todo esto se hizo a través de la destrucción más violenta imaginable, pero sus lecciones fueron asimiladas por las elites emergentes o en formación en esas regiones y pronto fueron traducidas en un reclamo de descolonización, mejoramiento material, independencia nacional y avance social. La idea de la igualdad como principio, derecho y expectativa universal, empezó a gestarse en esta época y tocó a las Naciones Unidas codificarla y tratar de volverla estrategia mundial para el desarrollo.

En América Latina, en condiciones y perspectivas diferentes a la vez que familiares de lo que luego se dio en llamar el “Tercer Mundo”, se empezó a vivir también el sueño del desarrollo. Industrialización, sustitución de importaciones, nuevas maneras, más sólidas y controladas nacionalmente, de vincularse con la economía mundial que se reconfiguraba, for-

maron parte del arsenal de políticas y visiones del desarrollo a que convocaran Raúl Prebisch y sus compañeros de la CEPAL apenas terminada la guerra.

Por su parte, los excombatientes del mundo avanzado y sus familias, agudizada y enriquecida su memoria de las crisis de entreguerras por la experiencia dolorosa del conflicto bélico, empezaron a asumir la protección social, la educación superior y la presencia activa del Estado para asegurar lo anterior, como un derecho adquirido y hasta exigible. Todo esto derivaba, racional y políticamente, en la centralidad universal del desarrollo.

En el pensamiento latinoamericano del desarrollo se quería combinar racionalidad económica con necesidad histórica a través de la política y la acción del Estado nacional, cuyas tareas se reivindicaban como centrales para la evolución económica, a la vez que empiezan a revisarse frente a una sociedad que se urbaniza y organiza y empieza a generar novedosos reclamos de democratización y redistribución social. Sin adueñarse del centro, como hoy ocurre, la democracia era avizorada como la plataforma institucional y de participación social para conjugar una interdependencia protagónica entre un Estado con nuevas encomiendas y una sociedad que cambiaba y buscaba nuevas formas de relación con un mundo que se transformaba.

Así, el planeta entero se dio a la búsqueda explícita del crecimiento económico, considerado indispensable para el bienestar social y la consolidación de las democracias. Con el triunfo de la revolución china y la independencia de India, una porción más que significativa de la población del orbe pareció capaz de concretar estas expectativas de progreso material para todos, así como de trayectorias históricas novedosas, incluso radicalmente distintas a las conocidas hasta entonces como exitosas.

La Guerra fría, al imponer la ideología como factor determinante de la política mundial, hizo del desarrollo una variable estratégica en el enfrentamiento bipolar; para algunos de sus ideólogos se convirtió en la alternativa más eficaz al reto de la revolución y el comunismo. Paradójicamente, fue al calor de este conflicto que muchos países recién nacidos pudieron intentar rutas de progreso económico y social que pretendían recoger lo mejor de las dos experiencias que entonces se pre-

sentaban como las únicas alternativas. Las “terceras vías” de aquellos años fueron, tal vez, poco exitosas, pero la idea de usar y explorar tradiciones e idiosincrasias como plataformas



..... Marco Antonio Villegas Martínez, webmaster

y condiciones iniciales para el desarrollo económico quedó en reserva y ahora, en medio de las tormentas de la globalización, reclama un lugar estelar en el inventario de las políticas y las instituciones para el desarrollo en el nuevo milenio.

Por décadas, el mundo se las arregló para realizar el desarrollo en un equilibrio delirante de destrucción mutua. Como paradigma central reinaban el pleno empleo y la protección social, y en el lado oscuro del planeta se veía al crecimiento económico sostenido como la ruta por excelencia para arribar a esas plataformas de progreso que se resumían en los Estados de Bienestar.

Intervenciones sistemáticas del Estado en las decisiones y los procesos económicos; aprovechamiento intenso de los fondos externos de ayuda, préstamo o inversión; protección y hasta invención del precario empresariado doméstico: todo esto y más se puso en juego en esos años bajo las divisas del crecimiento y el arribo pronto a actividades modernas. La acumulación de capital y la inversión productiva, junto con la industrialización ampliada de las economías y la urbanización acelerada de las sociedades, eran los vectores de esta gran transformación de la segunda mitad del siglo XX.

Más tarde, en los años ochenta, vendrían el ajuste de las cuentas externas y fiscales y los afanes de corregir cuanto antes lo que se vio como excesos y adiposidades de esta verti-

Esta ronda no terminó con las primeras disrupciones de la globalización realmente existente, en México, Tailandia y toda el Asia del Sur y del Este, en Rusia y luego en Argentina al empezar en nuevo milenio, pero cada vez tiene menos aceptación dentro y fuera de los países desarrollados y de las instituciones económicas internacionales que ellos dominan. Frente a la globalización como trayecto y pensamiento único, se propone que “otro mundo es posible”, y frente a la dictadura del ajuste financiero y del “déficit cero”, se plantean nuevas maneras de administrar el Estado social sin renunciar a la interdependencia global, pero buscando poner por delante la noción del desarrollo humano.

Con la adopción de las metas del milenio en las Naciones Unidas, y la constatación cotidiana de que frente a las asimetrías mundiales acentuadas por la globalización las sociedades atrasadas se “ajustan” al mundo subversivamente, mediante la migración en masa, muchas iniciativas para construir un orden internacional con perspectivas globales empiezan a reconocer la necesidad de imaginar el mundo futuro a partir de repensar la historia mundial sin mistificar la experiencia del desarrollo. De esta nueva revisión de la memoria puede emanar otra ola de pensamiento y acción colectiva, que recupere para el desarrollo su lugar central en la historia moderna no sólo de Occidente sino del planeta en su conjunto.

Con las mudanzas culturales e ideológicas con que se cerró el siglo, las nociones de ciudadanía y de los derechos humanos registran ampliaciones y mutaciones. La ciudadanía se presenta como indivisible en sus varias dimensiones: civil, política y social, y los derechos humanos se expanden hacia los derechos económicos, sociales y culturales, que abren una perspectiva de expansión generacional ilimitada.

En este contexto, el *derecho al desarrollo* que reclamaron las naciones atrasadas al término de la Segunda Guerra se acuña como derecho fundamental e impulsa el **desarrollo de los derechos**, que empieza a entenderse como el sostén primordial de la equidad, la ciudadanía y la democracia mismas. La educación ocupa en este catálogo un lugar protagónico, al vérselo como el gozne maestro entre productividad, progreso técnico y ciudadanía y equidad.

La globalización, así, produce otras figuras políticas y retóricas, narrativas y relatos, tan globales como son la gran

empresa multinacional, los mercados financieros o la guerra contra el terrorismo.

En el centro de estas figuras está la del desarrollo, ahora adjetivado por la equidad y la democracia que suponen no la minimización del Estado sino su transformación ampliada. Configurar una ecuación compleja pero positiva con estas variables es el gran reto intelectual y político de la nueva ronda globalizadora que puede abrirse frente a la crisis actual. De nuevo, es y será en nuestras universidades donde puedan gestarse los núcleos teórico-empíricos que procesen la necesidad nacional y local y traduzcan nacionalmente los avances de la ciencia y la técnica en el resto del mundo. Sólo así podremos romper el círculo vicioso e hipnótico de la *adopción* de técnicas y mantras, para dar paso a una *adaptación* que con la innovación que pueda generarse en el tiempo dé lugar a procesos de auténtica creatividad y renovación tecnológica y productiva.

LA RENOVACIÓN Y LA POLÍTICA

Frente a estas exigencias de renovación es preciso admitir que en el mundo y en la región, desde luego en México, se vive una nueva subjetividad que obliga a repensar los quehaceres

57



••• Juan Manuel Álvarez Gutiérrez, vigilante

y cometidos de la política. A partir de estas mutaciones del entorno y del individuo, la política tiene que hacerse cargo de los matices y de los reflejos singulares y colectivos en formación, con el fin de abordar la difícil tarea de crear mecanismos de adaptación al proceso global con arraigo e

identidad propia. La mundialización de la política y de la economía, y el choque cultural a gran escala auspiciado por el avance tecnológico, se topan con un proceso desarticulador, de individualización y despolitización, que hace peligrar la estabilidad y la legitimidad de las instituciones, polarizando visiones e intereses, y desgasta los mecanismos creativos de hacer política con visión de largo plazo.

De aquí la relevancia de un empeño por regresarle a la planeación su dignidad clásica. No es tarea sencilla, si asumimos en toda su profundidad los cambios del mundo y las dislocaciones enormes que en la economía, la política y la cultura han traído consigo.

Al sustituir la noción de objetivos que es propia de la planeación, por la de oportunidades, que más bien nos refiere al mercado y su inmediatez, la función de la política deja de ser entendida como creación de orientaciones de largo plazo, y se impone el desgastante día a día que redundará en su progresiva deslegitimación y agotamiento. Este debilitamiento de la conducción política equivale a perder la perspectiva que es inherente a todo ejercicio de proyección. Se impone el presente continuo y se pone en cuestión la idea de proporciones y prioridades. Y en esas estamos, perdidos en una transición sin fecha de término y en una globalización inevitable pero carente de rumbo (Norbert Lechner. *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*).

Los retos que se plantean al inicio del milenio son enormes. Superar el malestar **en** la democracia y evitar que se vuelva un malestar **con** la democracia, como nos ha advertido el PNUD, no es el menor de ellos. Recuperar la política porque sin ella no hay proyecto colectivo ni comunidad realmente nacional, es otro fundamental. Pero todos ellos pueden unificarse en el desafío mayor, histórico, de reasumir la aventura del desarrollo, el de hoy y el de mañana. Como lo fue ayer, cuando se pensaba que apropiarse del futuro para reinventarlo a través del conocimiento y la razón, era una utopía realizable.

San Pedro Mártir, D.F. 4 de noviembre, 2008

